la envidia, atribuyen todos sus sucesos á la Providencia ó á la fortuna; por éste medio les es mas fácil hablar de los sucesos con mayor decencia y libertad; el orgullo se lisongea tambien, cuando puede alguno hacerse considerar por los demás, como el objeto especial de los cuidados de la Providencia: ésta idea hace refluir en el hombre cierta apariencia de magestad. Por este motivo, César, al animar á su piloto durante una tempestad, le decía: *Tú llevas á César y á su fortuna.* No por otro, Sylla se hizo llamar *el Feliz* y no *el Grande.* Se ha observado que los que en los negocios quieren confiarlo todo á la industria y nada á la fortuna, han acabado por perderse. Se cuenta que Timotéo el Ateniense, habiendo agregado, despues de dar cuenta de sus triunfos al pueblo de Aténas, que la fortuna no habia tenido en ellos parte alguna, cesó desde aquel instante de ser feliz en sus empresas.

CAPITULO DECIMOQUINTO.

DE LA ALABANZA.

La alabanza es la vuelta, y como la refleccion de la virtud; participa ella, así como la luz, de la naturaleza de los espejos que la reflejan. Si la alabanza viene del pueblo, la refleccion es turbia y falsa; con mas frecuencia acompaña á la vanidad y al orgullo, que á la verdadera virtud. En efecto, pocas virtudes ecsisten de primer orden que parezcan calculadas para ser percibidas por el pueblo. Las pequeñas virtudes obtienen sus alabanzas, las medianas causan su asombro, las grandes virtudes se escapan de su observacion; pero lo que sorprende sobre todo, es la apariencia y la imagen de la virtud. La reputacion es semejante muchas veces á un rio que arrastra á los cuerpos hinchados y llenos de viento, y se traga á los cuerpos sólidos; pero si el juicio de los hombres sábios se junta con el del pueblo, entónces la reputacion se estiende, se fortifica y es ya muy difícil destruirla; se parece á ciertos perfúmes bien compuestos, cuyo olor es mas durable que el de las flores de que se les compuso.

La alabanza tiene frecuentemente una compañera engañosa que hace recaer sospechas en ella; casi siempre no es dictada mas que por la adulacion.

Si el lisongero es un hombre vulgar, no aplaudirá en vos mas cualidades que las comunes de que participais con otros, y no las singulares y que se hallan dificilmente. Un adulador mas delicado seguirá las huellas del adulador principal, es decir, de vos mismo; alabará principalmente en vos las cualidades en que creeis sobresalir, y que son el objeto de vuestra complacencia. Un adulador impudente y sin vergüenza, alabará hasta los defectos que vos mismo reconoceis y de que os avergonzais, y llegará á sofocar el testimonio interior de vuestra conciencia.

Ciertas alabanzas no merecidas son dictadas algunas veces por el respeto y aun por la virtud; estas son principalmente las que se dirigen á los príncipes: las alabanzas de que no son merecedores, les deben servir de lecciones; cuando se les alaba de lo que no son, se les avisa respetuosamente lo que deben ser.

Hay gentes, que por maldad afectan á veces alabar á sus enemigos, para escitar mas seguramente contra ellos la envidia y el rencor. *Agrícola,* dijo Tácito, *tenia enemigos, tanto peores, cuanto que lo elogiaban.*

Los aplausos moderados, dados á tiempo y no comunes, son los mas gratos y provechosos. Ninguna cosa es mas chocante, ni mas espuesta á la contradicion y al ridículo, que el levantar á cualquiera hasta las nubes; pero si no es decente alabarse á sí propio, si no es en casos sumamente raros, se puede al menos aplaudir decentemente, y aun con cierta especie de dignidad el estado que se profesa, ó los empleos que se ejercen. S. Pablo glorificándose á sí mismo, agrega á veces estas palabras: *Yo hablo como insensato*; pero cuando se trata de su mision no teme añadir: *Yo me glorificaré por mi apostolado.*

CAPITULO DECIMOSESTO.

DE LA VANA GLORIA.

Esopo ha dicho adecuadamente: una mosca parada en el timon de un carro, se decía á sí misma: *¡Cuánto polvo levanto!* Hay tambien hombres vanos y ridículos, quienes cuando se ha logrado una empresa, sea por casualidad ó por industria de otros, se figuran, por pequeño que sea, el participio que han tenido en su consecucion, que sus

esfuerzos son los que han dado impulso á la máquina.

Los jactanciosos son ordinariamente grandes habladores y poco trabajadores; ésto es lo que esplica el proverbio francés: *Mucho de ruido, poco de trabajo.*

Estas clases de espíritus son sin embargo útiles en ciertos negocios. Si conviene poner en accion la fama, ó difundir prontamente alguna opinion, esta especie de hombres es una escelente trompeta.

Tito Livio nota sobre este punto, y con referencia al tratado de Antioco y los Etolios, que *mentiras recíprocas de una y otra parte son algunas veces de gran ausilio.* Por ejemplo, si negocia alguno con dos príncipes para comprometerlos á declarar la guerra á un tercero, será útil para obtener un buen resultado, ponderar recíprocamente á cada uno de los príncipes el poder y las fuerzas del enemigo, y del aliado con que se brinda.

Sucede frecuentemente que un hombre que trata con dos particulares, aumente la buena opinion que cada uno tiene de él, insinuándoles con astucia que disfruta de mayor influencia y crédito, del que realmente tiene.

No es estraño, en semejantes ocasiones, ver que de la nada se produzca alguna cosa, porque la opinion nace de la mentira, y la opinion produce realidades.

No es inútil á los generales ser un poco jactanciosos; porque así como el fierro aguza al fierro, así la gloria aviva los talentos, para la gloria misma.

En las acciones grandes y arriesgadas, los hombres llenos de jactancia emplean mas de vivacidad y de actividad; los espíritus moderados y sábios hacen mas uso del timon que de las velas.

La fama, preconizando los talentos de algun hombre, no vuela de boca en boca sin tener al menos *algunas plumas de ostentacion.* Cicerón decía, que los mismos que escriben sobre el desprecio de la gloria, colocan sus nombres al frente de sus escritos. Sócrates, Aristóteles, Galeno, ¡qué nombres tan ilustres han estado sujetos á la vana gloria! Este sentimiento es útil para estender y perpetuar el nombre propio. Cuando la virtud es aplaudida, mas veces es deudora de esta ventaja á la opinion pública, que al empeño que ella tenga de manifestarse. La reputacion de Cicerón, de Séneca, de Plínio el joven, no hubiera subsistido hasta nuestros dias, al menos con tanta fuerza, si no hubiera sido ausiliada por algo de jactancia y vanidad por su parte. En este caso, la jactancia se parece

al barniz, que hace á la madera mas duradera y mas brillante.

Cuando yo hablo, por último, de la vanagloria, yo no entiendo por ella aquella cualidad que Tácito atribuye á Mucieno; aquel arte que él poseía de darse importancia en todas sus palabras y sus acciones; tal arte no es el efecto de la vanidad, pero sí el fruto de una clase de sabiduría y grandeza de alma; ésta dote sirve hasta para hacerse amar en los que la poseen. Las disculpas dadas con gracia, los servicios prestados á tiempo, la modestia misma diestramente colocada, raras veces son otra cosa que artificios de la ostentacion.

CAPITULO DECIMOSEPTIMO.

DE LA CÓLERA.

PRETENDER extinguir del todo la cólera, es una vana ostentacion de los estóicos; el oráculo del sábio es mas verdadero: *Que el sol no se ponga sobre vuestra cólera.*

Séneca compara al hombre colérico con un edificio en ruinas, que se rompe y destruye, cayendo sobre otro cuerpo.

El hombre no debe imitar á la abeja, que deja la vida en la misma herida que hace.

La cólera es una pasion baja y que manifiesta debilidad; de esta verdad puede convencerse el que observe á los que están sujetos á ella; las mugeres, los niños, los viejos y los enfermos.

CAPITULO DECIMOOCTAVO.

DE LA VICISITUD DE LAS COSAS HUMANAS.

SALOMON ha dicho: *Nada hay nuevo debajo del sol.* Platon espresó lo mismo en otros términos: *La ciencia no es mas que un recuerdo.* Salomon dijo tambien en el mismo sentido: *El deseo de la novedad no es mas que un olvido.* De aquí puede concluirse, que el rio Lethéo corre en la tierra, así como en los infiernos.

*

CAPITULO DECIMONONO.

DE LAS DIGNIDADES Y DE LOS EMPLEOS.

Los hombres empleados son esclavos tres veces; esclavos del príncipe ó del estado, esclavos de la opinion pública y esclavos de los negocios; de modo que no gozan de su libertad, ni en sus personas, ni en sus acciones, ni en su tiempo.

Es un frenesí muy singular de la ambicion humana, el de perder la libertad para ser mas poderoso, y el de cesár de ser dueño de sí mismo, para serlo de otros; los hombres tambien que han obtenido empleos, no pueden conformarse con su desgracia, ni con su retiro. La vejez misma y las enfermedades, no impiden que les sea enojosa la vida privada; se parecen ellos á aquellos ancianos decrépitos, quienes, mas bien que permanecer en el interior de su casa, se hacen sentar á su puerta, aunque en esta postura, no sean mas que un objeto de compasion ó de desprecio.

CAPITULO VIGESIMO.

DE LAS SEDICIONES Y DE LOS TUMULTOS.

Es muy importante para los gefes del pueblo saber prevenir y preveer las tempestades políticas: ellas acontecen principalmente cuando los diferentes órdenes del estado tienden á la igualdad, así como los grandes huracanes sobrevienen hácia el tiempo de los equinoccios.

CAPITULO VIGESIMO PRIMERO.

DE LOS VIAGES.

Los viages hacen parte de la educacion de los jóvenes y de la esperiencia en los viejos. El que viaja por los países estrangeros sin estar suficientemente instruido en la lengua que se habla en ellos, vá con mas propiedad á la escuela que á viajar.

Es necesario que un jóven que viaja tenga un guía ilustrado que le haga observar lo que lo merezca; de otra manera él viajará con los ojos vendados y sin provecho.

Los diarios son muy útiles en los viages, y estoy asombrado de la negligencia en formarlos. Es muy estraño que los navegantes lleven casi todos un diario, aunque no ven mas que cielo y tierra, y que se pasen sin diario los que viajan por el continente en que hay tantas cosas que observar; como si las observaciones debidas al acaso fuesen mas dignas de ser escritas que las debidas á la atencion y á la sagacidad.

Manifestad que habeis viajado, mas por vuestros discursos que por vuestro esterior; procurad mejor responder á propósito á las cuestiones que se os hagan, que manifestaros ansiosos de prevenirlas: sobre todo no cambieis las costumbres de vuestro país por las del estrangero: procurad solamente temperarlas, y para decirlo así, adornar á las unas con las otras.

CAPITULO VIGESIMO SEGUNDO.

DE LA DIGNIDAD REAL.

Es un estado bien triste para el alma, tener poco que desear y mucho que temer; tal es, sin embargo, la condicion de los reyes. Colocados en el rango supremo, nada ecsiste sobre ellos á que puedan aspirar, lo que arroja languidez en su alma; por el contrario, el peligro y el temor voltegéan sin cesar al derredor de ellos, como un fantasma ó como una sombra, lo que les quita la serenidad del espíritu.

De aquí resulta tambien otro pernicioso efecto, el que el corazon de los reyes sea, como dice la escritura, frecuentemente impenetrable; porque la muchedumbre de sospechas y la ausencia de un sentimiento dominante, al que se subordinen los demás, vuelven al alma mas dificil de conocerse.

Otra desgracia de los reyes es, que se creen de deseos, y se ocupan profundamente de vagatelas. No parecerá esto sorprendente á los que saben que el hombre se complace mas en la facilidad de las cosas pequeñas, que en la lentitud con que se consiguen las grandes.

Los reyes dependen de sus vecinos, de sus muge-

012086

res, de sus hijos, de sus queridas, de su casa, de los grandes de la córte, de la nobleza, de los magistrados, de los mercaderes, del pueblo y de los soldados. ¡Cuántos embarazos para un hombre solo!

CAPITULO VIGESIMO TERCERO.

DEL AMOR DE SÍ MISMO.

El amor propio se parece á la hormiga, que es un insecto muy útil á sí, y muy dañoso en un jardín.

CAPITULO VIGESIMO CUARTO.

DE LAS INNOVACIONES.

Como los niños recien nacidos son deformes, así lo son algunos establecimientos nuevos que son hijos del tiempo; porque el tiempo és el mas grande de todos los innovadores.

CAPITULO VIGESIMO QUINTO.

DE LA AMISTAD.

El que ama la soledad, ha dicho un antiguo, es un dios, ó una bésta salvaje; yo añado que casi siempre es lo último, porque los dioses son muy raros.

Se halla uno á menudo en la soledad sin buscarla, y esto acontece cuando uno está privado de amigos: conviene no creer que una compañía muy numerosa sea una sociedad; los hombres que en aquella se vén, son para nosotros lo que las estátuas en los pórticos. El trato sin union y sin confianza, no es mas que un vano ruido.

Con razon se ha dicho: *Una gran ciudad es á veces una gran soledad*; el mundo mismo, sin amigos, sería un desierto. El mejor remedio para *las obstrucciones del corazon*, es un amigo fiel, á quien se puedan confiar los cuidados, los placeres, los temores, las esperanzas, las sospechas, las inquietudes, los designios y aún las debilidades.